

RECESIÓN  
DE SCHWARTZ, PEDRO (2011)  
*LA ECONOMÍA EXPLICADA A ZAPATERO  
Y A SUS SUCESORES*  
(Espasa, Madrid)

JOSÉ MARÍA LARRÚ\*

No es sencillo escribir sobre economía para todos los públicos. La economía sigue siendo algo parecido a lo que San Agustín decía sobre el tiempo: «si nadie me lo pregunta, sé perfectamente lo que es; pero si hay alguien me lo pregunta, no sé lo que es». Así pueden responder muchos ciudadanos. «Hago» economía todos los días, de forma permanente, pero no sé hablar con rigor sobre ella y cuando me «la explican» normalmente entiendo poco. El propósito de este libro es enorme. Trata de explicar «en dos tardes» (en realidad en tres) las «leyes fundamentales de la economía». La mención de las «dos tardes» se explica en la introducción, donde el autor recuerda una mediática conversación entre el presidente Zapatero y su «consejero» y después ministro de Administraciones Públicas Jordi Sevilla. A las confusiones dichas por el Presidente, el consejero le quitó importancia prometiendo que esos errores se los explicaba él en dos tardes. No sabemos si alguna vez tuvieron lugar esas lecciones del profesor Sevilla, pero Schwartz organiza su libro en tres tardes. En la primera tarde se describen los hechos recientes en torno a la —según Kenneth Rogoff— mal llamada Gran Recesión (para el profesor de Harvard una depresión en toda regla). Los hechos y orígenes estadounidenses son bien conocidos. En el caso español, dos fechas resumen que ir contra la realidad, no es peor para la realidad, sino para las personas que padecen un mal gobernante. El 21 de febrero

---

\* Universidad CEU San Pablo, larram@ceu.es

de 2008 el debate televisado entre Solbes y Pizarro ponía en evidencia que si preguntas a los economistas obtendrás versiones tan distintas que no puede ser posible que miren «la» misma realidad objetiva. Parece que Solbes ganó y él, como ministro, condujo la política económica española. Esa política que terminó con el vergonzante recorte de gastos y ayudas públicas al que debió someterse Zapatero anunciando el 12 de mayo de 2010 que iba a hacer todo lo contrario de lo que él creía y su ideología le había ocultado.

En la «segunda tarde», el profesor Schwartz se remanga y se pone a explicar. Como discípulo aplicado de Popper, dedica toda esta sección a mostrar «lo que se debe olvidar», lo que ya está falsado y no debería repetirse, aunque se siga enseñando en muchas universidades. Las teorías de Law, Malthus, Marx, Mill, Keynes y las aplicaciones de los padres del estado del bienestar (Bismarck, Roosevelt y Beveridge), no son correctas. La causa común: no considerar que las personas (el sujeto económico) deben ser responsables porque son libres. Si la intervención estatal impide ser responsable porque enturbia las consecuencias de las decisiones de los agentes, éstos terminan siendo menos libres y —peor— menos éticos. Si alguien impide que me arruine porque mi mala gestión del riesgo conduce a un «riesgo sistémico» o me promete que «soy demasiado grande para caer» y efectivamente me rescata, la lección que se internaliza es que un banquero sólo es responsable de los dividendos positivos, nunca de las pérdidas, porque esas se socializan. Todos los autores escogidos por Schwartz han recortado esa responsabilidad-libertad y han errado.

Podríamos decir que hasta aquí, era un libro fácil de escribir. El diagnóstico a hechos pasados y la selección de teorías del pensamiento económico intervencionistas es sencillo. Lo fácil es criticar. Lo difícil es proponer soluciones. Pero Pedro Schwartz se atreve a afirmar que en economía existen «leyes». Son las que el autor va a exponer en «la tercera tarde». Esta sección consiste en un decálogo de temas macroeconómicos de diversa complejidad, afrontados en un lenguaje ordinario, un solo gráfico y una sola ecuación (la del dinero) y con muchas anécdotas bien traídas.

El punto de partida es la antropología (para mí un enorme acierto) que básicamente es individualista (para mí una limitación, pues soy personalista y el individuo es ser-en-relación por tanto ontológicamente remitido a una comunidad, pero dejemos esto por el momento). El hombre es un ser de elecciones que aprende lo que es bueno asumiendo las consecuencias de sus decisiones. Sin esa responsabilidad, su libertad «se asusta» y pide seguridad. Las normas establecidas por otros (el Estado) le aportarán esa seguridad a costa de su libertad.

El segundo paso es la competencia. Es un capítulo hermoso en el que comenta un libro de Tooley que describe cómo los pobres de varios países están eligiendo profesores y escuelas privadas ante la deprimente realidad de las públicas, con profesores ausentes y/o borrachos (el absentismo promedio de profesores en los países en desarrollo es de un 20% de los días lectivos, llegando al 50% en algunos estados de la India. En las escuelas privadas indias, la asistencia docente es de un 8% superior en promedio).<sup>1</sup> Es decir, la observación de la realidad dice que la educación no es ofertada-demandada como un bien público y no puede ser de otra forma. O educación pública o injusticia no es más que un slogan gratuito incluso entre los pobres.

El capítulo tercero de esta sección es uno de los mejores. Dedicado a la interrelación entre la economía monetaria y la real, para el autor existen tres «leyes» cuyo grado de certeza casi se podría comparar con las físicas: la cuantitativa del dinero ( $M*V=P*T$ ); la Gresham (la moneda mala desplaza a la buena); la Gresham inversa (si se sospecha que la mala será devaluada y no se obliga a usar ésta, la buena acaba desplazando a la mala en el trato mercantil). Se obtiene así la principal lección del libro: toda deuda pública excesiva termina en quiebra o en inflación y existe un límite cuantitativo al endeudamiento. Todo incremento de masa monetaria acaba *a largo plazo* en inflación. Además, y es la lección del siguiente capítulo, ninguna inflación hace disminuir el desempleo, con lo que Schwartz reivindica la crítica de Friedman a la

---

<sup>1</sup> Datos citados en A. Banerjee and E. Duflo (2011) *Poor Economics*. Public Affairs. New York, pp. 74 y 83.

curva de Phillips (que para el autor no es válida) y alaba los aportes de R. Lucas, recomendando vivamente leer los discursos de recepción de ambos premios Nobel.

El quinto paso del decálogo macroeconómico está destinado al euro y a mostrar que Eurolandia no es una zona monetaria óptima, aunque a Mundell le hiciera ilusión. En lugar de una moneda única hubiera sido mejor establecer una común, privada y paralela a la nacional para los intercambios comerciales intra-europeos.

El sexto paso es sobre los ciclos económicos. Se comentan las aportaciones de Kondratief, Kuznets, Schumpeter, o las profecías que se autorealizan de E. Fama. La clave más importante es que el consumo presente no es la fuerza del crecimiento ni del capitalismo. Lo son el ahorro y la inversión, que implican mirar al futuro. Por lo tanto es vano todo esfuerzo por reanimar la economía con dinero, por controlar tipos de cambio o tipos de interés a largo plazo. El intento de controlar los ciclos mediante políticas monetarias o fiscales, es vano.

El séptimo paso es no creer a los malthusianos más recientes y reincidentes que son los ecologistas-alarmistas del clima. Schwartz adopta una postura sosegada ante el problema del posible calentamiento global y de paso recuerda que la fuente del crecimiento es el conocimiento, aún escaso en las cuestiones del cambio climático y por tanto es prudente no apoyar reclamos que suponen unos elevadísimos costes de oportunidad intergeneracionales. No hay límites al crecimiento y mucho menos hay que plantearse el «decrecimiento» (que se supone debería ser sólo de los ricos de los países ricos).

El octavo paso es muy sorprendente pues parece negar la existencia *de iure* de los bienes públicos. El autor se remite a un artículo de Coase en 1974 en el que, nada menos que contra Samuelson, expuso cómo en la Inglaterra de los Tudor, se encargó a la institución pública *Trinity House* el balizamiento y señalización de las costas. Tras conseguir patente de la Corona o el Parlamento, los empresarios privados de Inglaterra y Gales construyeron la mayoría de los faros hasta 1834. En 1834 el *Trinity* compró los 35 faros privados (frente a los 11 que había construido el propio *Trinity*) por un millón de libras (unos \$22 millones de cuando escribe Coase). Coase le muestra a Samuelson que sí hubo personas

«suficientemente raras como para querer hacerse ricos construyendo faros». Entre 1853-1898 se cobraron peajes en vez de financiarlos por impuestos. Los dueños de los faros cobraban los peajes a quienes llegaban a puerto, aunque no se pudieran cobrar a los que no atracaban. El sistema fue sostenible. Es un ejemplo —no el único— de servicios públicos prestados satisfactoriamente por empresas privadas. La lección es «heterodoxa» y el autor aplica consecuencias directas en contra de los sistemas de pensiones de reparto.

El noveno paso está dedicado a los límites de endeudamiento y la base teórica a la cual se apunta Schwartz es la teoría de la equivalencia ricardiana: impuestos, deuda, ingresos patrimoniales e inflación son lo mismo en el largo plazo y todos ellos reductores del crecimiento. El último paso lo dedica a expresar su admiración y consenso con las ideas de R. Lucas.

Tras la exposición de los contenidos quisiera resaltar los principales aprendizajes que he obtenido leyendo el libro, algunas curiosidades y por último las dudas que en mí permanecen.

Un primer aprendizaje que he obtenido es que la ciencia económica es la que estudia las *consecuencias* de las decisiones humanas, y también la de los gobiernos, que nunca son «neutrales» y a menudo son impredecibles. En economía es casi más importante el *futuro* que el presente. Si el ahorro y la inversión son la clave de la riqueza capitalista, los pobres son aquellos que no «ven» o tienen futuro. La pobreza es la incapacidad de ahorro, por eso es la antítesis del capitalismo. El desarrollo es el proceso por el que una sociedad genera «futuro» a sus ciudadanos creando un entorno ahorrador, no subvencionador. La subvención es el incentivo perverso que «cambia» ahorro (futuro) por «ayuda» presente. Puede ser necesaria la ayuda «de emergencia» ante catástrofes naturales, pero la mayor catástrofe «artificial» del subdesarrollo es la falta de un contrato social que incentive el futuro. Cuando la democracia electiva reduce el «futuro» a los cuatro años del período electoral, hay muchas posibilidades de que las decisiones clave de fomento del ahorro no se tomen. Lo paradójico es que hay regímenes políticos no democráticos que tienen tasas altísimas de ahorro (China del 43% del PIB, Singapur del 33%). Comparados frente a Estados Unidos con un promedio del 2%

década 2000-09 y del -1% y -4,5% en 2008 y 2009 ¿quién tiene más futuro?<sup>2</sup>

Otro aprendizaje que ofrece el libro es que el sistema liberal de sociedad y economía se basa en pocos principios: derechos de propiedad bien definidos y hechos respetar por un poder judicial independiente (del gobierno) que también hace respetar los contratos firmados libremente entre las partes; hacer que la mayor *competencia* traiga «el mayor bien para el mayor número». El concepto de competencia no es tan lejano al de cooperación. Por el lado de la oferta, obliga a los productores a mejorar y aumentar su productividad y, por el lado de la demanda, obliga a los consumidores a elegir responsablemente. Pero la premisa de esta ley es esencial: los *precios* son la información del cruce de ambas libertades. ¡Qué pocos mercados reales podemos decir que funcionan así! ¿A qué se debe? Ser responsable exige virtud moral y esfuerzo por discernir qué es lo bueno para mí ahora. Consumir es elegir y elegir es renunciar. Pero es la única manera de darse forma como hombre. Por otra parte, los gobernantes intervencionistas «oscurecen» las elecciones al distorsionar los precios y pueden incentivar que no quiera hacer ese esfuerzo por ser responsable (que elijan otros, que así podré echarles la culpa o quejarme) o incrementar mi productividad.

Además, el libro conduce a pensar que las mejores palancas del desarrollo, la riqueza y el crecimiento son la empresa (innovadora y creada libremente) y el comercio internacional.

Pero, y salto ya a mis dudas, para llegar a esa conclusión hay que partir de la premisa de que la producción y la distribución son actos de un mismo momento, no son secuenciales como pensó J.S. Mill. Reconozco que tengo mis dudas sobre esta sentencia de Schwartz. Hay empresas que producen (por ejemplo electricidad) y otras que sólo la distribuyen. Puede que la duda tenga origen en el doble sentido de la distribución: por un lado es asignación de la renta y en otro sentido es comercialización de un producto. No hay asignación de ingresos desligada de la producción.

---

<sup>2</sup> Los datos de ahorro de 2006 (antes de la gran recesión) fueron del 8% PIB para el mundo; del 7% en los países de renta alta; del 20% para los países de renta media; y del 16% de los de renta baja, según el Banco Mundial.

La asignación de salarios, rentas y beneficios influye luego sobre la producción del período siguiente, por lo que cualquier interferencia política de re-distribución tendrá efectos sobre la producción subsiguiente. Lo que sí es cierto es que no hay dos fuentes de producción (empresarios y Estado). Todo recurso público ha sido generado primero por los individuos. Sólo de esa única fuente el Estado re-distribuye. Por eso es nuclear el estudio de los bienes y males públicos, sobre todo de las externalidades. Son aquellas *consecuencias* que no se pueden achacar directa, única y exclusivamente a la acción humana individual. En el origen de la actual crisis está el desconocimiento del riesgo real que los compradores de productos derivados hacían de los créditos titulizados. El mal fue una ignorancia «global» superior a la suma de las ignorancias individuales. El riesgo «sistémico» es precisamente la consecuencia de que si se deja «caer» a un banco que lo ha hecho mal, muchos que no lo han hecho, se verán afectados. Aquí es donde veo claro que no es suficiente una antropología individual. Todo acto humano tiene consecuencias sociales porque el hombre es un ser en relación. Muchas de las consecuencias que determinan mi vida (nacer en una familia u otra) no son resultado de elecciones libres individuales. Creo que esto, en el fondo, lo comparten los liberales pero como es tan difícil limitar acertadamente qué consecuencias son individuales y cuáles colectivas, como es muy difícil medir las externalidades (aunque no imposible) se pone el acento en que los gobernantes no deben arrogarse ese papel y ser ellos quienes decidan por los demás. La ignorancia compartida no tiene por qué conducir a que uno —aunque «elegido»— sea quien decida, sobre todo porque sigue inevitablemente afectado por esa ignorancia.

Siguiendo esta línea argumental, Schwartz defiende que las aportaciones de Lucas sobre las expectativas racionales y mercados eficientes, implican descartar medidas discrecionales de política económica. La mejor opción sería una política económica de régimen (más que de medidas) basada en reglas cognoscibles por todos y creíbles por su coherencia, por tanto predecibles y descontables por todos. Pero es que la ignorancia nos domina porque la libertad humana sobre su acción *futura* es tan amplia que no la podemos predecir ni descontar.

Otras dudas que me ha generado (y digo esto como alabanza, porque no hay nada mejor para un libro que te haya hecho pensar) y no hago sino señalar son las siguientes: Primero, si las pensiones de reparto son «un saqueo» que sólo redistribuyen rentas entre los de la misma generación, ¿qué garantías me ofrece la alternativa de capitalización privada al invertir mis ahorros en un mercado de capitales tan incierto, volátil e impredecible como el actual? ¿Puedo realmente estar seguro de que recibiré lo suficiente para vivir si la «seguridad-riesgo» está reñida con la rentabilidad? Segundo, la educación pública en la OCDE puede ser de mala calidad (¿también la finlandesa que figura en primer lugar en las encuestas PISA?). Pero en muchos países pobres la alternativa *real* no es educación privada sino no-educación. Hay quien lleva a sus hijos a una escuela privada como dice Tooley, pero también hay mucho trabajo infantil y mucha deserción escolar por falta de escuela, de profesor que asiste, o por necesidad de ingresos familiares. He visitado comunidades rurales en Iberoamérica donde *ninguna* iniciativa privada ofrecería educación (es que de hecho, no la había). Tercero, la pobreza ¿tiene su causa fundamental la falta de competencia? ¿Es mejor estudiar las causas de la riqueza que de la pobreza porque el «estado natural» del ser humano es la indigencia? Es cierto que el hombre nace indigente y dependiente de su madre más que cualquier otro animal pero quizá para fundar ese carácter comunitario que le convierte en hiper-formalizado que diría Zubiri, es decir con los máximos grados de libertad. La libertad tomada de forma trascendental, conduce a una respuesta afirmativa a la pregunta bíblica de «¿soy yo acaso guardián de mi hermano? Y recordemos que la hizo Caín tras matar a su hermano Abel. Que se la hizo a Dios y no quedó para escuchar la respuesta. Pero en el silencio de una conciencia libre se escucha «sí» —o al menos espero que se me conceda que existe esa posibilidad—.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> En palabras de Adam Smith: *Teoría de los sentimientos morales*: «Por muy egoísta que se suponga que es el hombre, es evidente que hay en su naturaleza algunos principios, que la hacen interesarse por la suerte de los demás, y hacen que la felicidad de los otros le sea necesaria, aunque no derive de ello nada sin el placer de verlo.»



Termino abandonando la filosofía para comentar algunas curiosidades que tiene el libro. En primer lugar, quiero resaltar la capacidad de Schwartz de elegir cuentos, mitos y ejemplos literarios para los temas de economía. Alicia en el país de las maravillas (mercados gobernados por la autoridad omnisciente de la reina-autoritaria); José y el faraón; el mito de Edipo, el del rey Midas (murió de hambre porque el oro no se come) o el Dr. Frankenstein (el euro) son traídos como introducciones a los capítulos del libro que hacen de su lectura algo atractivo al público general.

En segundo lugar, creo que lector disfrutará con historias económicas como la apuesta de Simon ganada al alarmista Ehrlich (p. 178), la pequeña ganancia de Malthus por una inversión ante la victoria del Reino Unido en Waterloo frente a Napoleón, que fue gestionada por su amigo Ricardo, quien también obtuvo beneficios (bastante mayores que el reverendo Malthus).

En tercer lugar, la hipótesis de C. Menger de que el dinero fue un invento de comerciantes-empresarios avispadados y no un monopolio de las autoridades.

El libro se cierra con una predicción acertada (en la p. 234 que es la penúltima y la presentación del libro está firmada en febrero de 2011): *«Más peligrosa es la situación financiera de España, por dos razones: la deuda de autonomías y ayuntamientos no está controlada; y si Portugal fuera intervenido y Grecia e Irlanda tuviesen que reestructurar, volverían las dudas sobre la deuda española»*. Si la mayoría de los economistas no aciertan, la realidad está dando a Pedro Schwartz una gran audacia y clarividencia. Termino recordando lo que es su «agenda» lúcida para la economía española: reforma de las pensiones; del mercado de trabajo; solidez de las instituciones financieras y financiación de la deuda pública.